
A la memoria de Pablo Luis Galicia González: Un maestro con cariño

Blanca Estela Galicia Rosales

Doctora en Ciencias de la Educación. Docente de la Escuela Secundaria núm. 602 “Juan Rulfo” en el Estado de México.
blanquitagalicia@yahoo.com.mx

Las maestras y los maestros más importantes en la vida marcan de manera contundente la existencia, en algunas ocasiones se encuentran relacionados con la enseñanza de los contenidos curriculares, pero otras veces, no es así, por lo menos eso me ocurrió porque tuve la fortuna de tener a mi maestro en casa.

Fue gracias a mi gran maestro de vida, Pablo Luis Galicia González: mi padre a quien le debo gran parte de mi formación personal y académica, soy la hija mayor de cuatro hermanas, mi padre fue docente de ciencias naturales en diversas secundarias de la región de Los Volcanes, sin embargo, las escuelas en las que permaneció más tiempo fueron la Escuela Secundaria Oficial 109 “Josefa Ortiz de Domínguez”, ubicada en Ozumba, y la Secundaria Oficial 108 “Sor Juana Inés de la Cruz”, ubicada en Amecameca, ambas instituciones del Estado de México, en las que permaneció más de treinta años frente a los grupos escolares, transitó por diversas reformas educativas, experimentó varias formas de organización escolar y vivió la creación de reglamentos escolares con los que se pretendía modificar el comportamiento de los estudiantes, no obstante, él percibía que estos cambios sólo eran superficiales y faltaban mayores aportaciones en el plano didáctico.

Ante estos cambios constantes que vivía la educación en nuestro país y en el Estado de México, decidió centrarse en la realidad que rodeaba a las y los estudiantes que eran su responsabilidad y, de esa manera, fue creando múltiples estrategias didácticas para lograr que ellas y ellos comprendieran el mundo desde el enfoque de las Ciencias Naturales. De esa manera, dedicó gran parte de su vida a elaborar di-

versos materiales didácticos con los que pudo crear un puente entre la información de los libros y la comprensión del mundo de la vida.

Participó en continuas luchas por mejorar las condiciones de vida de los docentes, defendió a compañeras y compañeros de las injusticias cometidas por algunas autoridades escolares, dirigió en reiteradas ocasiones la academia de Ciencias Naturales de la región oriente del Estado de México, promoviendo seminarios de trabajo teórico/práctico con lo que se buscaba incidir en la formación continua de profesoras y profesores. Todo esto es una pequeña parte de su legado como docente; ahora narraré la manera en la que él se convirtió en mi gran maestro.

En 1972, mi padre había contraído matrimonio con Estela Jacinta Rosales García, quien también era docente de escuela secundaria. En ese tiempo, sólo tenían dos hijas; una de ellas era yo: la mayor. A veces a mi madre se le complicaba cuidar a dos niñas casi de la misma edad y llegaron al acuerdo de que, mientras ella cuidaba a mi hermana más pequeña, él me llevaría a los lugares que frecuentaba. Cabe hacer notar que para ese tiempo él estudiaba medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México en algunas tardes; por las mañanas daba clases en diversas escuelas en el turno matutino y los días que no iba a la universidad, daba clases en el nocturno de una secundaria.

Recuerdo que me hizo parte de muchas experiencias; iba con él a la Ciudad de México a comprar libros, en algunas ocasiones lo acompañé a tomar clases a la UNAM, otras me llevaban al nocturno de la secundaria y esporádicamente también al matutino. Viajábamos en el transporte público y muchas veces en el autobús de la línea Cristóbal Colón. Antes de iniciar el viaje, compraba tortas y refrescos para el camino, siempre me decía que le gustaba mucho que no me mareaba porque así podíamos andar juntos a muchos lados.

A lo largo del trayecto de Amecameca a la Ciudad de México, observaba mi entorno y me surgían muchas preguntas, con las que todo el tiempo lo cuestionaba; él no dudaba en contestar sobre lo que yo no comprendía. Esos ejercicios continuos de preguntar, contestar y profundizar fueron modos de aprender acerca de todo lo que me

rodeaba; él tenía mucha paciencia y muchas veces me recomendaba libros por si había más dudas. En el comedor y la sala había muchos libros y, como no había libreros suficientes para colocarlos, parecían amontonados, pero, aun así, él decía que los tenía ordenados y no quería que nadie los moviera. Cada vez los libros aumentaban en casa y era posible encontrar inmensidad de temas y autores. De ahí nació mi gusto por los libros y la lectura.

Otro recuerdo que viene a mi mente es que lo acompañaba a sus clases del nocturno, y ahí me daba cuenta de los modos que tenía para articular palabras y así explicar todo lo referente a muchos temas, pero me encantaron las clases en donde hablaba del átomo, su definición, la historia, los modelos y su importancia en la vida cotidiana. Me gustaba ver cómo las y los estudiantes, que en su mayoría eran adultos, tomaban notas, preguntaban, dibujaban y, sin darse cuenta, llegaba el final de la sesión y aún tenían ganas de seguir aprendiendo. Lo mismo sucedía en las prácticas de laboratorio, en donde me pedía que repartiera los materiales en cada una de las mesas antes de que iniciara la clase. Todo eso aprendí de mi maestro Pablito.

Olvidaba decir que el gusto por los deportes también se encuentra relacionado con mi formación de niña. Recuerdo muy bien que en quinto de primaria, los Reyes Magos dejaron en mi zapato un balón de basquetbol de color naranja. Mi papá en su adolescencia, había sido basquetbolista y había competido representando al Estado de México en algunas competencias nacionales; por eso él me llevaba a una cancha de mi localidad para tirar, botar, saltar y defender. Gracias a él aprendí que el basquetbol no sólo se aprende encestando, sino también defendiendo; esta estrategia permanece conmigo cada vez que juego un partido.

No cabe duda de que hurgar en nuestras historias nos trae las emociones y los sentimientos a flor de piel. Recordé mi primer acercamiento con la música porque desde pequeña vi como mi padre tocaba la guitarra interpretando música de los 60: Enrique Guzmán, César Costa, Alberto Vázquez, Johnny Laboriel, Teen Tops, Rebeldes del Rock, Locos del ritmo y los Beatles. De hecho, mi hermana y yo hacíamos los coros y ensayábamos algunas tardes de los fines de se-

mana. Ahí descubrí que me gustaba mucho cantar y eso influyó en que posteriormente me incorporara al coro de la primaria y después al de la secundaria.

En la preparatoria y la Normal formé parte del coro y la estudiantina. Ya en el magisterio hicimos un coro de docentes que coincidíamos en el gusto por el canto. La influencia de mi gran maestro ha llegado a espacios inimaginables porque en los últimos años participé en el montaje de algunas piezas musicales con estudiantes de la escuela secundaria en la que actualmente laboro, porque pienso que tal vez pueda incidir en la formación de las y los estudiantes como lo hizo mi padre conmigo.

Quien lea este relato podría pensar que su incidencia en mi formación ocurrió porque el maestro Pablo fue mi padre; no obstante, me he encontrado con mujeres y hombres que fueron sus estudiantes y, en las conversaciones, compartieron diversas experiencias de aprendizaje vividas en la secundaria, como haber hecho nieve para explicar y comprender el cambio físico del agua en hielo, que se produce cuando el vapor de agua en la atmósfera se enfría y se produce la solidificación y cambia de estado. También recordaron que los integrantes de cada equipo hicieron nieve de diferentes sabores y, posterior a eso, vino la degustación y la explicación científica de los procesos.

En ese tiempo no había Nueva Escuela Mexicana y él ya hacía proyectos, no había discursos expofeso sobre inclusión y él veía la manera de incorporar a todos para lograr aprendizajes con significado. Le costó mucho trabajo tomar la decisión de jubilarse porque le gustaba estar en contacto con las y los estudiantes; de hecho, los días posteriores a su retiro fueron muy complicados para él. Poco a poco fue adaptándose a la nueva vida lejos de las aulas; pese a ello, siempre hablaba de lo maravilloso que había sido el trabajo en las escuelas secundarias.

Acostumbraba a leer todos los días bajo la luz de la lámpara, hacía notas en los libros en pedazos de papel que dejaba en cada texto leído, sorprendía con inventos raros como hacer una lámpara con una base de licuadora, una vida muy compleja que espero plasmar muy pronto en una biografía.

El profe Pablo se fue de este mundo el 4 de diciembre de 2023; cerró los ojos esa madrugada. Todo parecía raro, el ambiente sombrío, con sonidos de cantos gregorianos que le gustaba escuchar cada vez que iba a dormir. Había tristeza en la habitación, como si el aire se fuera consumiendo para todos los que te acompañábamos en el lecho de muerte. La cama era lo único que desentonaba de la biblioteca/estudio que le llevó muchos años construir, en donde albergaba con tanto amor los miles de libros que causaban su alegría.

No hay palabras para explicar el dolor y el vacío que dejó su partida; no obstante, los recuerdos de su paso por este mundo hacen que familiares y amigos lo recuerden como un maestro con cariño.